



República Oriental del Uruguay
CAMARA DE REPRESENTANTES

H O M E N A J E A
J O S E A R T I G A S

Discurso pronunciado por
la señora Representante

Elsa Fernández de Borges

en la sesión solemne celebrada
el 20 de setiembre de 1961



Montevideo
1 9 6 1

107741



República Oriental del Uruguay

CAMARA DE REPRESENTANTES

H O M E N A J E A

J O S E A R T I G A S

Discurso pronunciado por
la señora Representante

Elsa Fernández de Borges

en la sesión solemne celebrada
el 20 de setiembre de 1961



Montevideo

1 9 6 1

1. ARTIGAS, JOSE GERVASIO - REPRESENTES
2. FERNANDEZ DE BOBES, ELISA - DISCURSOS

CAMARA DE REPRESENTANTES
Tercer Período - XXXVIII Legislatura
1961 - 15 de Marzo - 1962



Presidente

Ulises Pivel Devoto

Vices Presidentes

Dr. Walter R. Santoro

Luis J. Vidal Zaglio

Martín M. Ois

Dr. Artemio Machado

Secretarios

G. Collazo Moratorio

Enrique Berhau



Montevideo
República Oriental del Uruguay



SEÑOR PRESIDENTE (Ulises Pivel Devoto). — Está abierto el acto.

—La Cámara de Representantes ha sido convocada a sesión solemne, de acuerdo a la resolución de 7 de junio de 1956, con la finalidad de rendir homenaje a José Artigas.

En primer término, el coro del SODRE cantará el Himno Nacional, haciendo luego uso de la palabra la señora Representante Elsa Fernández de Borges, quien exaltará la vida y la obra del fundador de nuestra nacionalidad.

(Se ejecuta el Himno Nacional.)

(Aplausos)

—Tiene la palabra la señora Representante Fernández de Borges.

SEÑORA FERNANDEZ DE BORGES. — Señor Presidente: rompiendo la emoción que a todos nos embarga, provocada por el canto de la patria, ejecutado tan brillantemente, con tan fervoroso patriotismo, vamos a permitirnos señalar, a manera de aclaración previa, que cuando el señor Presidente nos hizo el excesivo honor de invitarnos a traer nuestra palabra a esta celebración, nosotros, con íntima, con honda sinceridad le pedimos, le rogamos que diera traslado de tan honroso cometido a alguno de los señores Diputados que acreditan versación histórica; hasta nos permitimos sugerirle nombres de colegas, de quienes siguen al día el rigorismo de las investigaciones en esa cosa fluyente y viva que es el pasado de los pueblos y de sus conductores. Nosotros, que nos reconocemos en estas disciplinas apenas un humildísimo

inicio, por más que amamos la figura del héroe, cuya dignidad insuperable hace más esplendente el tiempo, no importamos de ninguna manera la palabra cabalmente representativa del Cuerpo como para alcanzar la altura de pensamiento que corresponde a esta solemnidad y como para devenir hondas meditaciones. La insistencia amable del señor Presidente, dispuesto a darle en esta oportunidad prevalencia al acento femenino, lo que destacamos hondamente agradecidas, ello y nada más, determinó que sea nuestra voz, la que hoy diga su imagen de Artigas.

En esta hora, en que el proceso nacional latinoamericano alcanza una tensión dramática, inquietante, y en este día de hoy, de la libertad del pensamiento que conjuga con la fecha garibaldina el duelo del mundo, que ha perdido un gran hombre de la paz, Hammarskjöld, ante quien se doblan todas las banderas; en este instante de supremas coincidencias y encontrarnos en Artigas, "imagen de democracia" y "expresión de soberanía", al decir de Alberdi, tiene algo de clave, tiene algo de mensaje que debemos desentrañar y darle una respuesta.

Invocar al héroe, al hombre que arrancó del viejo espíritu colonial un alma amanecida de pasión republicana, supone, a esta altura, el esfuerzo de alcanzar su presencia; porque aquel caudillo de la libertad, que trazó caminos a la Revolución de Mayo, sigue actuando en el continente, sigue abriendo futuros toda vez que está en juego "el sistema sagrado de los pueblos".

Su estandarte democrático republicano, enarbolado aquella mañana augural del 26 de marzo de 1815 en la Ciudadela del antiguo Montevideo, proclamando la primera capital del nuevo mundo hispano gobernada a nombre del pueblo, señala aún, por sobre todas las incertidumbres y desvíos, el claro destino de América.

De la vida de Artigas, "larga como para que el dolor grabara todas sus figuras", traeremos el sentido esencial.

Su primer medallón con relieves de antiguo valor y contornos de bíblica rememoranza es 1811. Nos llega desde la emoción primera, desde el asombro de los bancos

escolares, nacido en las oraciones estremecidas de aquel Zorrilla de los recuerdos niños, el mágico poeta de la patria.

Un manojo de días basta para que toda la campaña oriental haga su estallido, al grito de Patria "que corrió en lomos del viento"; y de todos los rumbos acudirán gauchos, negros que serán libres, indios, hombres de campo que serán tenientes. Llegan con los ojos deslumbrados de amanecer, con el aliento entrecortado por una carrera que terminará en la gloria, y con una fe en todos los pechos: ¡Artigas! El es la consigna, después la causa, la idealidad futura por la que morirán en cruz rezando su nombre.

Como extraídas de la tierra rebrotan las montoneras, apretadas en un mismo fervor que guiará el caudillo. Llegan, y ya están en camino... Zorrilla las vislumbra: "los lanceros son un cañaveral en el viento"... "jinetes con alas que gritan con alaridos"... "hombres con velos del halcón, en marchas y contramarchas inverosímiles"...

El choque epopéyico dio Las Piedras: ¡La primera gran victoria marcada al español! La primera victoria, y algo más que hace la fuerza moral, subyugante, de aquel capitán de capitanes: su actitud de piedad y de respeto al hombre: "Clemencia para los vencidos".

Los sucesos de octubre, frustradores del triunfo patriota bien ganado, insinúan lo que andará como sombra inexorable detrás del héroe: su destino adverso. El celo contra su prestigio, primero, será lucha a muerte, después, contra su ideología redentora.

La insurrección de 1811 va mostrando, dice Salgado, "la idea de una conciencia uruguaya, distinta a las demás provincias del Río de la Plata, la orientalidad que aparece en sus primeros balbuceos".

Esta acentuará sus perfiles en las tumultuosas asambleas de 1811. "Artigas quiere que el pueblo se entere". Y la Panadería de Vidal, y la Quinta de la Paraguaya, son sede de una multitud que encontró su destino y su Jefe, que "hace uso por primera vez de su soberanía".

Culmina este año cargado de historia con el episodio que sólo en las Escrituras tiene su precedente: la emigración, el desalojo de la Patria.

El sentimiento de la orientalidad recién nacida ya tiene fuerza y madurez para arrancar un pueblo, "selva descuajada de raíces" que va en pos del Patriarca, porque fuera de él ya nada existe: el es el sueño de libertad, la Patria apenas presentida.

Ese hormiguero humano que se mueve en dimensión de leguas, vadeando ríos, trepando lomas, bajando cerros, y que deja un desierto desolado a sus espaldas, intuye en aquella mirada llena de horizontes los días claros de la tierra prometida.

¿De dónde ha llegado este Jefe que a pocos meses de guiar la revolución arrastra un pueblo y sacude un virreinato? Artigas no irrumpe como un sol recién nacido en la epopeya. "Este hombre, Artigas", viene de lo heroico, viene de servir la causa del orden, en el rudo panorama de la campaña, donde más allá del Yí y del Negro, no había otra ley que la del fuerte. La Banda Oriental seguía siendo una vaquería en inmensas extensiones: la estancia cimarrona sin sujeción a límites, se perdía en el desierto de fronteras abiertas, donde el tráfico ilícito, el asalto del malón, la codicia de los faeneros eran la norma. Ese escenario de audaz fisonomía, de aventura bravía, "del quehacer arriesgado" atrajo el alma intrépida de Artigas, ganado por esa faena de valor y de amaneceres!

Nieto de un capitán de caballería de milicias, "Regidor decano"; hijo de un hidalgo criollo "con vocación por las armas, el trabajo y el bien de la cosa pública", traía hondas raíces de buen árbol.

Cuando el 10 de marzo de 1797 sienta plaza en el Cuerpo de Blandengues "propio para toda clase de fatigas, con el fin de auxiliar la justicia, perseguir vagos, mal entretenidos y contrabandistas, réprobos inquietadores de la paz", según reza la memoria del virrey Arredondo, la campaña ofrecía un total estado de anarquía. Y Artigas ya era actor de ese drama.

Se enrola en las filas españolas, con treinta y tres años, maduros de bucear horizontes, de correr tras la línea azulina de cerros y llanadas. Baqueano en abras y cruces, no había río, arroyo o comarca que desconociera; por el aliento dulce o fuerte de tréboles, manzanillas, espinillos, virarós, calagualas clasificaba ríos y pagos. El rastro fresco de una carreta o la huella de los cargueros en los pastos humedecidos, motivaba carrera de leguas tras el malón o el contrabandista.

En poco tiempo aquel centauro que dominaba la geografía de su suelo tanto como el conocimiento de sus moradores —que adivinaron en él la acción generosa y desinteresada— fue ganando un inmenso prestigio en toda la campaña que lo reclamaba.

Con el sabio naturalista Azara agrandó y defendió la frontera del asedio portugués, de la única manera posible: colonizando, distribuyendo tierras y títulos, asentando familias, desbravando el desierto. Avanzada de pionero que dará en 1815 su Ley de Tierras.

A los dos años de su ingreso al Cuerpo, Carlos IV, por sus eficaces servicios, lo designa Ayudante Mayor.

En el prólogo del tomo II del Archivo Artigas, el historiador Pivel Devoto define magistralmente al blandengue pre-revolucionario: “Se perfila como un Cid —dice— reconquistador de tierras, defensor de los derechos ultrajados, amparo de débiles. Y también como el Cid, vasallo leal, pero sin mengua de su dignidad y albedrío”.

Este es el hombre que había de conducir la emancipación oriental, sosteniendo que su provincia “es la hermana de Buenos Aires, pero que tiene sus límites propios, señalados por la naturaleza”. El Jefe de los Orientales, el creador de la Confederación Republicana, entra a las legendarias jornadas de 1811 con un prestigio que ya tiene proporciones épicas.

Llega, además, elegido de la tragedia, con su vida afectiva deshecha, con su Rafaela Rosalía, la dulce esposa del corto tiempo, perdida en las sombras. El destino quiso reservar la totalidad de su corazón para la pasión heroica.

1812, año del Ayuí. El campamento militar de Artigas se ha convertido en pueblo; y el pueblo no lo dejará más. Atravesando cien y mil veces el territorio oriental irán las carretas con las mujeres fuertes de la emancipación siguiendo el frente de la lucha, la victoria y la muerte. Es la hora de la miseria y de la gloria; de las intrigas de Sarratea, precursoras de la leyenda negra; de las noches con rumor de multitud. El Jefe solitario y caviloso va incubando a la luz de las estrellas y al resplandor de los fogones, el año 1813, la doctrina oriental, de profundo sentido profético, que al decir de Demicheli "asombra y deslumbra", y que se ordenará en base a un principio esencial: "Los pueblos deben ser libres. Ese carácter debe ser su único objeto".

En su memorable oración del Congreso de Abril, "el hombre que hace arrancar la vida soberana de la nación y su propia autoridad civil de las asambleas", se adelanta a los tiempos diciendo a los diputados elegidos por el pueblo, cuya voluntad acatará invariablemente: "Yo ofendería altamente vuestro carácter y el mío, vulnerando enormemente vuestros derechos sagrados, si pasase a resolver por mí una materia sola reservada a vosotros". Y señala después, refiriéndose a lo que considera salvaguardia del derecho popular: "Estamos aún bajo la fe de los hombres, y no aparecen las seguridades de contrato. Es muy veleidosa la probidad de los hombres: sólo el freno de la Constitución puede afirmarla".

Nacen en el Congreso de los Pueblos Orientales de Tres Cruces, en ese año de gracia, las Instrucciones con su doctrina federalista, que desencadenará prolongadas y dramáticas luchas, y sobre la cual se ajustará más tarde la futura carta constitucional argentina.

La labor de Abril, que Demicheli valora como "la más grande realización del movimiento emancipador", "que ocupará siempre sitio destacado entre las más esclarescidas concepciones del pensamiento universal", se asienta en tres categorías de instrumentos: sus Instrucciones, dos proyectos constitucionales —federal uno, territorial el

otro—, y diversos pactos interprovinciales. Tal la base del sistema artiguista, que garantizará los derechos naturales del hombre, las prerrogativas políticas del pueblo, y las grandes libertades económicas. Fue concebido para una comunidad de naciones, que comprendía la totalidad del Virreinato del Río de la Plata, a cuyo desmembramiento se opuso siempre el Protector de los Pueblos Libres, porque soñaba con un formidable bastión para la democracia sudamericana.

El pensamiento político de Artigas constituye la luz de aquel momento histórico en que “el sol de América se ponía en todas partes”.

Mientras los prohombres del continente buscaban frentes coronadas, él es el primero que estructura en el Plata la fórmula tripartita de división de Poderes, y fija en el constitucionalismo nacional la libertad de cultos, la libertad de prensa, la obligatoriedad de enseñanza estableciendo que “se tendrá por ley fundamental y esencial que todos los habitantes nacidos en esta Provincia han de saber leer y escribir”.

Los principios republicanos autonomistas de su doctrina iban a provocar el choque inevitable contra el espíritu centralista de la capital del Virreinato, que seguía viendo a nuestra provincia como una inmensa estancia.

Aquella sociedad monárquica representada por “directores y triunviros” que sentaban a su mesa oidores y virreyes, tenía que reaccionar contra aquel caudillo provincial-autónomo, pero no separatista, que se erguía como un impulso instintivo hacia la libertad y la independencia.

La guerra contra el héroe será implacable, pero nada quebrará su indómita resistencia. El rechazo de los diputados orientales y el Congreso dirigido de Capilla Maciel, determina nuevamente su abandono de la línea sitiadora. Fiel a su programa de guerra a todos los absolutismos, despliega su tricolor republicana que pasará de frontera a frontera, decidido a defender a cualquier precio la autonomía para su patria y para las hermanas provincias occidentales. El diferendo unitarios-monárquicos, republicanos-federales, está planteado con distancias insalvables.

El virrey Pezuela, desde Perú, soñando ganar la alianza del blandengue de prestigio continental, aprovecha esa crisis para formularle proposiciones que él rechaza en su enérgica contestación de julio de 1814: "Le han engañado a usted, y han ofendido mi carácter cuando le han informado que yo defiendo a su rey".

La voz del capitán americano proclamará a todos los vientos su conducta irreductible: "Sólo aspiro al bien de mi patria...": "La causa de América forma mi sistema y plantearlo es mi único anhelo".

1815 alborea con las dianas de Guayabos. Clausurado el peligro español y vuelto a su provincia el hermano del Plata, el oriental quedó por fin dueño de su tierra. Artigas ha cumplido su promesa de "arriar de la fortaleza de Montevideo todo pabellón extraño, y sustituirlo por su estandarte de la libertad". El héroe se prepara para su breve pero fermental apoteosis.

Junto a las crespas espumas del Uruguay, en Hervidero, erige el centro de sus operaciones, cabeza de una federación embrionaria. La paz no llegará a dos años, pero ese breve plazo alcanza para mostrarnos su talla asombrosa de gobernante.

El político cabal, el pensador auténtico vive la fiebre de aplicar con sentido realista toda la pasión creadora de bien y de justicia que bulle en su alma generosa.

"Es la hora de construir la patria desde los cimientos".

Una de sus más firmes preocupaciones la constituye el fomento de la campaña. En sus comunicaciones al Cabildo, dice: "No he perdonado fatiga ni desmayo hasta ver planteada en el territorio la fertilidad que es de esperar".

El 15 de setiembre de 1815 dicta su Ley de Tierras, en veintinueve artículos que son un código orgánico. Allí establece: "Los más infelices serán los más privilegiados"; "...los negros libres, los indios, los criollos pobres, las viudas serán beneficiados con suertes de estancia, si con su trabajo propenden a su felicidad y la de la provincia".

Pero no sólo del mejoramiento material se preocupa este gobernante: dicta un bando de treinta artículos promoviendo el orden y la seguridad nacionales. Funda escuelas, se inquieta por el estado sanitario de las provincias, incrementa la vacunación en aquéllas donde la viruela está haciendo estragos; contribuye a la fundación de la primer Biblioteca, que inaugura Larrañaga. Reclama la publicación de un diario, que no aparecerá; pide a Barreiro que convoque a elecciones, pues es preciso, dice, "ir templando la causa pública, de lo contrario siempre viviremos inciertos".

"El sabe bien que hasta que el pueblo no tenga exacto sentido de la realidad que defiende, su sistema estará siempre al borde de la crisis".

El prestigio de su bandera federal, símbolo supremo y exclusivo de independencia americana, corre y se extiende. Su doctrina es compartida por Córdoba, Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes, que forman, con la Banda Oriental, la Liga de 1815. Es esta la hora del Protector de los Pueblos Libres; su máximo apogeo.

Artigas es aclamado en Montevideo, pero no sale de Purificación, centro de la Confederación que va extendiéndose en poblamientos indígenas, cultivadores de la tierra: prefiere la inmensidad de los horizontes abiertos, y el contacto, necesario a su corazón, de aquellos pueblos más remotos y pobres.

Larrañaga, que lo visita, nos deja la verdad de su vivir ceñido a lo austero: "dos piezas de azotea...", "muebles que se reducen a unos catres", "comida de sobriedad espartana servida sobre mantel de algodón de las Misiones". El hombre de mayor significación, cuya palabra "era ley", como dijera el inglés Robertson, "en todo lo ancho y largo del antiguo virreinato", este hombre, que llama a los títulos "fantasmas del Estado", vive con la sencillez primera de los tiempos patriarcales, precursores del derecho y de la justicia social. Desde su tienda, abierta a los alientos del cielo, sueña y plasma los destinos de su pueblo. Y aquella su tienda de Purificación es el nú-

cleo de una inmensa red. Artigas dicta constantemente a sus dos secretarios: se multiplican los chasques, crece día a día la correspondencia. Las comunicaciones al Cabildo se intensifican, recomendando cientos de asuntos que ocupan su atención: reclamando simientes e implementos agrarios; instando a economías; resistiendo gabelas —¡que el destino nuevo, había que levantarlo del trabajo!—; encomendando pólvora y armas... El, que no quería ser soldado, clamará constantemente por armas, presiente que “a la paz de su federalismo la monarquía le ha decretado la muerte”.

Por eso su atención está puesta en las Misiones donde gobierna su capitán Andresito, hijo de madre india. Allí lo tiene como avanzada del norte en la defensa de la autonomía provincial, controlando a los unitarios, a Francia, tentando además la resurrección del Paraguay, y prevenido contra el lusitano y el español. Pero por sobre todo le confía el buen cuidado de sus indios tan amados. Le ordena “que organice elecciones libres de diputados, a fin de que ellos tengan también sus representantes en los congresos que organicen”. Es su deseo “que trate cada día con más amor esos naturales y les proporcione medios para que trabajen y sean felices”.

El mismo se consagra a esa empresa: envía material de guerra, pero con más empeño, elementos de cultura y bienestar “cartillas para enseñanza de los niños indios...”, “un maestro herrero para que adiestre en el oficio a los jóvenes, telas y sombreros, ropa, útiles, cirios para los altares, suero para vacuna...”. Conmueve la lectura de su intenso epistolario al teniente misionero: “A Dn. Andrés Yabacú y al corregidor de Concepción”, dice, “les dará una pieza de listado azul...”, “el corte de pantalón es para Ud...”.

Este general, que se hace de bronce ante los golpes de su destino, que apenas si endulzó su corazón en el breve descanso de un hogar frustrado, y en el encuentro tardío de Melchora Cuenca; este José Artigas indómito, que viene de tantas campañas recias, que se cartea con Monroe;

este hombre genial, que aplica intensamente justicia social, que crea un sistema político revolucionario, todavía saca de los hondos repliegues de su alma maravillosa sutilezas de rara ternura, que se vuelcan en la atención de nimios detalles. ¡“Tiene algo de los héroes inverosímiles”!

“Un hombre solo que me quede, con él he de hacer la guerra”. Este homérico desafío define el increíble holocausto de cuatro años, enfrentando al imperio portugués. ¡Período sublime, casi desconocido por la conciencia colectiva, como dice Lasplaces! Y la guerra presentida le penetró por todas las fronteras, en un frente de casi trescientas leguas. Junto al héroe estaban los pueblos, dispuestos a ofrendar hasta su última gota de sangre. En la lucha desigual sellada por quinientos combates “morirá todo cuanto puede morir por una Patria”.

Purificación es ahora un campamento. Artigas no descansa; sabe que se le echará encima “un imperio coaligado con la reacción de Buenos Aires”.

La guerra ocupará nuevamente todos sus empeños. En setiembre de 1816, año que él predijo “de felicidad para los orientales”, “Andresito, situado en Itapuí apaga el primer fuego de las mosquetas con una lluvia de lanzas”. A partir de ese momento el norte se estremece en audacias de triunfos, y en muerte de derrotas.

Artigas prevé que la guerra será dura. Desde Santa Ana, después de un heroico ataque, escribe a Barreiro: “Los portugueses no han dado cuartel a rendidos, a heridos ni a nadie”. Corumbé es otra página de sangre. “Estos insurgentes, dice el parte lusitano, pelean como desesperados”.

India Muerta abre el camino hacia Montevideo, pero Artigas no desmaya; siguen afluyéndole hombres: ¡los gauchos quieren morir bajo la roja diagonal! Sabe que estará solo librando la suerte de las provincias confederadas. “Protesto por la iniquidad con que se propende a nuestro aniquilamiento”, grita al Directorio porteño. Y cierra los puertos al comercio y al tráfico con la capital unitaria, que no le envía auxilios.

Al avance del portugués se suma la confabulación de Giró y Durán: "Deshacer la federación y volver la provincia a los planes monárquicos". Artigas, como un Dios antiguo se levanta iracundo contra los Diputados que "tan prestamente quisieron entregar su provincia". "¡Extranjeros en la historia de nuestros sucesos!"

"El Jefe de los Orientales —replica con histórica altivez— ha manifestado en todos los tiempos que ama demasiado a su patria, para sacrificar este rico patrimonio al bajo precio de la necesidad".

Los portugueses bajan desde el norte arrasándolo todo: "Catalán, Corumbé, Arapey, derrotas artiguistas convertidas en raíces de victoria!"

El capitán invencible sigue dando instrucciones, preparando hombres, reclamando armas. Desde Purificación escribe: "Hemos de prodigar sacrificios hasta destruirlos". "Parecería, dice Jesualdo, que este hombre va recién a empezar la pelea. Esa es la característica de su actividad: tenacidad, fervor creciente, esperanza; al fin, la eterna ilusión de los pueblos del mundo".

El primer capítulo de la tragedia está consumado. Lecor ya entró a Montevideo. Para Artigas, "Quijote que ha idealizado su vida" no cuentan las derrotas. Más allá de lo accidental, está la Patria, está su sistema!

El mismo llegará al Cuartel General de Paso de la Arena a llevar su aliento: recorre la línea sitiadora, estrecha las manos de sus jefes, que lo reciben en triunfo, y les busca los ojos...: comprende que prosperan las insinuaciones porteñas y la política de halago lusitano. Algunos de sus tenientes ya se han ido...

Empiezan las negaciones de Pedro! Pero no desfallece.

Procura una alianza con Paraguay, firma un tratado de libre comercio con Inglaterra, para asegurarse aprovisionamiento, y estructura además con el cónsul americano, patentes de corso. El, que no tiene flota, ¡armará corsarios!

Por momentos la audacia incontenible de sus montoneras en jirones rompe la masa sólida del ejército portugués con imposibles victorias: Yaguarón, Itaim, Pelotas, Santa Teresa, Cerro Largo... ¡Gauchos del más allá, jinetes de la gloria, se llevan por delante, a pecho descubierto, fuego y muerte al grito de la tricolor republicana! "...Yo llegaré muy pronto a mi destino con este pueblo de héroes", había escrito Artigas en 1811.

La batalla tiene ahora dos frentes. Un círculo de fuego envuelve al héroe: contra los lusitanos, en su tierra, sin darse tregua, permanece él; contra los unitarios, en las provincias orientales, Andresito.

Es la hora que en el Senado de Wáshington, patria de libertad, que tanto admira, inspiradora de su sistema, se dice: "El único campeón de la democracia en aquellas regiones, es el bravo y caballeresco republicano General Artigas".

El año 1819, que se presenta favorable en las Provincias Occidentales, sigue sombrío para el Jefe, que a las pérdidas de Lavalleja y Otorgués debe sumar ahora otra irreparable: Andresito, el alma de la resistencia del Norte, también prisionero.

Prepara su último plan: la invasión a Río Grande. En pleno corazón del territorio enemigo, sobre las márgenes del Santa María, sus caballadas gauchas marcarán su última y efímera victoria.

Antes de emprender esa campaña escribe a su hijo. La despedida del guerrero es breve y definitiva, pero sustancia de largas vigiliass y ansiedades: "No te encargo más que cuides a Santiago, y lo mires como que es tu hermano". Le recomienda la atención de los pocos bienes, carretas y animales. "Con esto, y con lo que de antemano te tengo dado, me parece tienes bastante para sostener tu familia y nuestros criados" —y aquí el detalle de ternura aflorando el alma—, "a quienes debes proporcionarles todo lo que necesiten, aun los vicios, aunque sea vendiendo algunos animales".

1820 despunta con el desastre de Tacuarembó. Una honda tristeza envuelve al héroe; pero, siempre invencible, alienta todavía una esperanza: ¡Rivera! Se encuentra en Arapey con su ejército oriental deshecho, cuando se entera que tampoco podrá ser: don Frutos ya envainó la espada. ¡Fue el último!

En el abra del monte donde acampa con los grupos dispersos, la noticia es recibida como una derrota más; el sol filtra resplandores de púrpura a través del bosque, que caen sobre un cuadro de máxima desolación.

Artigas, vuelto hombre, siente de pronto que gravita sobre su corazón el peso de toda la inutilidad de la lucha: "disuelvan la tropa", ordena. Y aquellos sus soldados, que habían visto cien veces relampaguear la muerte, "que amanecían junto a los fogones, que corrían endurecidos de frío al toque de diana, arrastrando un cuero para cubrirse"; aquellos bravos endurecidos en el rigor, son ahora "apenas una porción de humanidad en jirones; no se mueven de su sitio, quedan en posición de firmes, muchos hasta llorando enraizados a la tierra".

Y cruza el Uruguay por última vez. Una angustia de soles muertos se extiende sobre el río quieto: cae la tarde con un regreso de pájaros silenciosos: el Gran Capitán marcha con la cabeza como un mundo contra el pecho.

Atrás queda todo lo que más amó.

Comienza "la hora de la soledad definitiva".

Se ha instalado en Mandisoví. Allí le esperaban noticias alentadoras sobre la acción de sus tenientes en las provincias. Y este hombre, cargado de derrotas, ¡todavía quiere renacer su fe! Vuelven a circular sus órdenes y recomendaciones desde "el llano al pie de la cordillera"; la última, dirigida a Córdoba, tiene fuerza testamentaria: "Que no se malogren los sacrificios de tantos años en aras de la libertad civil de los pueblos".

Pero tras la victoria alentadora de Cepeda, viene la confabulación contra su sistema: el Pacto del Pilar. Y aquel blandengue inmortal todavía llega a reunir tres mil

hombres de caballería; ¡“son tantos los pobres, los indios, los desheredados”! El mismo acaudilla las vanguardias, y entre polvo y sangre, entre carreras y muerte, alcanza victorias de fábula. Pero detrás del caudillo enterriano traidor está la escuadra, la tropa y todo el arsenal del Gobierno unitario. ¡Sólo así, anota Demichelli, pudo ser vencido aquel indómito soldado de la libertad! “¡A las fuerzas de Portugal fue menester sumar las unitarias: a éstas, las de Entre Ríos, y a todas, la traición de Ramírez!”

Artigas ya decidió su rumbo. ¡Todavía, en su marcha hacia el Norte, se le acercan caciques del Chaco a ofrecerle hombres! ¡Hombres, eso fue lo que nunca le faltó!

De espaldas a la Patria, va en dirección a las Barrancas del Paraná. En ese momento, quizá en la antigua casona de Casupá, un anciano, militante del Exodo, empobrecido por la revolución, mira anhelante a lo lejos, allá donde la verde llanura se hunde en el cielo. ¡No quiere morir; espera la vuelta del guerrero inmortal, el regreso del hijo!

En su último campamento, en la Tranquera de San Miguel, Artigas, que ha rechazado el honroso ofrecimiento de Washington, y la amnistía con honores de Río de Janeiro, lee a sus tenientes la contestación de Francia a su pedido de asilo.

Ahora sólo falta una última cosa: desposeerse de los dineros; todo y lo poco que le queda, que aquel valiente de valientes, Francisco de los Santos, se compromete a poner en manos de Lavalleja, más allá de las inmensas serranías de cuatro Estados brasileños. ¡Oh, chasque glorioso de la lealtad!.

Y se consuma el episodio, para nosotros culminante, en la vida legendaria del héroe.

Con su roja chaqueta y su alforja vacía, “¡va entrando en la boca llena de noche de la Selva Paraguaya”. Desde esa larga distancia del silencio que se inicia, ya no pertenece a la cosa humana. Le siguen de cerca tres sombras terrenas: el Teniente indio Abacú, el negro Joaquín, y el Sargento Ledesma, ¡su Ansina! Más distanciados, doscientos indios, ¡un pedazo de la Patria!

Este fin de la vida pública del héroe se considera el punto terminal de su epopeya. Para nuestra imagen de Artigas, que pertenece más a la emoción que a la razón, ese ostracismo voluntario o cautiverio no es un desenlace: es el último capítulo de la tragedia, con un sentido de fuerte militancia; configura la acción de una idea tenaz, levantada sobre la última posibilidad humana: el silencio.

Hay un toque de grandeza, que sobrecoge en ese anciano Artigas, que encontramos en Ibiray —sus años finales,— en la espera paciente de la muerte, solo y pobre, “porque muere libre”.

Hay una grandeza, más allá de lo humano, en ese viejecito amado y sereno, de mirada “centellante”, que asiste a las misas dominicales, inmovible en su fe, que se sienta bajo el ibirapitá a soñar las siestas profundas del trópico, que vierte lágrimas sobre la Constitución oriental recibida tardíamente; que se abraza estremecido al hijo de su memoria que rencuentra hombre, y que verá partir solo, como vio partir sin inmutarse la invitación oficial de volver a la Patria!

Pero lo que toca el milagro son sus años fuertes clausurados en el confinamiento de Curuguaití, a casi noventa leguas de Asunción, en plena selva milenaria, a donde él llegó en el caballo de sus homéricas campañas. Lugar de difícil acceso todavía, y donde aún no puso el pie ningún oriental, según el documentado libro de Elisa A. Menéndez, directora de la Escuela del Solar de Artigas. Allí, en medio de la espesura sin horizontes, aislado de los pobladores, sin libros, sin correspondencia, sin más ecos que los del recuerdo y la sombra de Ansina, hundido en su cosmos íntimo, trascurren veinticinco años, según los documentos exhumados por la misma autora.

Pobre de todas las pobreza materiales curvará, durante cinco lustros, su torso desnudo sobre el arado que lo llevó a la tierra, en el descubrimiento de un diálogo sin voces, renovado y eterno. Ningún trágico podría intuir un desenlace más sublime que ese que se dio aquel portentoso creador de las instituciones republicanas del sur.

Al Artigas del Paraguay se le llama la esfinge, el enigma; para nosotros es un mensaje vivo, renacido, "la cifra del evangelio americano" que encontraremos como solución insuperable en cada movimiento de la historia.

Nuestra respuesta estará dada en la dignidad de la ley, dentro del derecho, en la vigencia del ideario republicano, en el fortalecimiento de las instituciones democráticas, en el culto de las libertades públicas, en la medida que vayamos reduciendo, el ámbito de la infelicidad y la desesperanza.

En esta primavera de setiembre que nos trae, con dulces sahumerios del trópico, el doble recuerdo de las dos partidas del Jefe de los Orientales, nada más leal a su sagrada memoria que sigamos jurando, con sus palabras actuales, de 1811 y con nuestras más claras actitudes, "un odio irreconciliable, un odio eterno a toda clase de tiranía".

(¡Muy bien! - Aplausos en la Sala y en la Barra.)

Editorial
FLORENSA & LAFON

Piedras 346 Montevideo